

No me acuerdo de cómo me llamaban cuando yo era una niña. Será que no quiero acordarme, ni de quien era yo, ni de cómo era el el otro mundo tan diferente a este que yo parí. Lo parí con mi boca, a través de las palabras que salían de ella y de la lengua-serpiente que los vistió de sonido. Le di vida a este mundo mío, al nombrar las cosas que en él habitaban, humedeciendo cada una de las palabras con el agua de mi saliva y anopandola con la tierra negra de los trazos que construyen este amoxtli y que desmienten lo que han dicho de mi Hernando Cortes, Francisco de Gomara, Francisco Cervantes de Salazar, Andrés de Tapia y Bernal Díaz del Castillo y todos los demás hombres que presumieron conocerme aunque no saben nada. No recuerdo cómo me llamaban cuando yo era una niña, pero sí recuerdo que nunca fui esclava, que nunca me vendieron, ni me regalaron. Nací en Painala, al Sur de Coatzacoalcos, un lugar que



pertenece a la comunidad de Oluta. Mi madre, mi nana como le decía en aquel entonces, era una noble de aquel lugar y mi tata, mi padre, un adelantado mexica, enviado desde Tenochtitlan para allanarle el terreno a Motecuzoma mediante su matrimonio con mi nana.

Fui hija única, hasta que mi tata murió y mi nana se unió a mi padrastro. Con él tuvo a mi medio hermano. Lo adoraban por encima de todas las cosas y entendí que no iba a ser yo la que hereda-



ría los bienes y la posición de mi familia. Decidí nme, en cuanto mi edad me lo permitiera, a Xicalango a aprender el oficio de tlacuillo, una ocupación digna y respetable para una mujer de mi rango. En Xicalango, con su gran tranquis y siendo uno de los ejes comerciales más importantes, conocí a Tabascoob, el señor de los ocho leones y me fui con él a Potonchan. El señor se deleitó con el hecho que yo hablaba el nahuaatl (única herencia de mi padre) y popoloca (último regalo de mi madre).

Fui bien recibida en la corte de Tabascoob y si bien no llegara como su primera dama, a la medida que lograba apoderarme del maya, también me iba ganando su confianza. Le hacía gracia experimentar cómo los sonidos que emitía mi boca hacía aparecer las cosas frente a sus ojos internos mientras hablabamos. Hablabamos mucho y me enteré de lo insostenible que él sentía el yugo de los mexicas, que periódicamente pedían tributos de víveres, mercancías



y jóvenes para ser sacrificados en los templos de Tenochtitlan. Y Tabascoob tenía las manos atadas. Su ejército era fuerte pero no lo suficiente para poder oponerse al de Moteuczoma. También carecía de aliados. La mayoría de los pueblos temían a los mexicas y los Castiltecos, aquellos hombres barbudos y malolientes llegados del mar, tampoco prometían ser de gran ayuda.

En el encuentro con Juan de Grijalva este tuvo la insolencia de decirnos que su señor, Carlos Quinto, nos quería tener como sus vasallos.

Tabascoob se respondió que vivíamos muy felices, que no necesitábamos de su señor y que si quería conservar nuestra amistad, que se marchara. Grijalva se fue, pero al poco tiempo llegó otro Castilteca, cuyo nombre era Hernando Cortés. Para entonces Tabascoob ya había perdido el interés en establecer relaciones con aquellos hombres.

No eran mas bienvenidos. En respuesta, Cortés inició una batalla en el llano de Cintla, en donde los 400 hombres castiltecas acabaron con nuestro ejército de 40000 guerreros. Esto se ha de haber debido a sus potentes armas: vimos polos que ocupaban fuego y humo y mataban aún a grandes distancias, vimos esferas negras de gran alcance y capaces de tumbar árboles centenarios, también vimos una especie de venados grandes y musculosos, a cuyos

lomos ellos se subían, dándoles órdenes tacitas que las bestias obedecían. Los cuerpos y las cabezas de los castiltecas estaban cubiertos de un metal parecido ala plata y en la mano llevaban por los planos del mismo metal, tan filosos como nuestra obsidiana. Cuando finalizó la batalla, Tabascoob estaba abatido. Pero las cosas son como lo nombramos. Y si en vez de humillación decimos: oportunidad, cambia no sólo el sonido, sino la realidad misma.



Eso fue lo que le dije. ¿Y si nos hacemos del armamento de los Castiltecas, le pregunté. Sus potentes armas nos podían capacitar a ponerles un alto. los mexica. Hagamos que Cortés y sus hombres marchen contra Tenochtitlan y lo devoten por nosotros. Sólo hay que darle una buena razon para hacerlo. Y esta razón es el oro, porque escuché rumores que hablan de que el oro es lo que mas pretenden los Castiltecas. Le haremos creer que encontrará mucho oro en Tenochtitlan. Y así fue que nació la leyenda de que en Tenochtitlan hasta los techos son de oro puro.

Al poco tiempo Cortes emprendió el viaje, no sin antes recibirme a mí y a mis 19 damas de compañía como dique regalo de los vencidos. Yo tenía que acompañar a los castiltecas para cuidar que nuestro plan se llevaría a cabo debidamente. Ellos no dudaron en aceptarnos, pero sí noté una chispa de desconfianza en los ojos de Hernando, la cual lo llevó a no querirme demasiado cerca, "asignándome" a uno de sus Capitanes, Alonso Hernández de Portocarrero.

Primero nos sometieron a una ceremonia que ellos llaman bautismo, ritual en el cual todas recibimos un nombre cristiano para que pudiera reconocernos su Teotl principal. El se llama Dios y tiene un hijo, al que le dicen Jesucristo o Jesús o Cristo. Su madre es María, pero no es la esposa de Dios, sino de un teotl menor, José. No obstante, ello no parece importarle demasiado a Dios, que tiene a María como Reina y consiente que los castiltecas adoren más a la imagen de ella que la de él mismo.



Con el nombre cristiano al que me bautizaron - Marina - quedé muy complacida. Si bien me dijeron que Marina significa "la que orma el mar", lo cual es cierto, también es cierto que Marina se asemeja a María, la Reina. Me sonreía a mis adentros. Sin saberlo, los castiltecas me rindieron el mayor de los respetos. Tanto me agradaba mi nuevo nombre, que decidí olvidarme del que hasta ese instante había llevado. Yo ahora era Marina, Malina como pronunciábamos nosotros, y muy pronto todos me dirían Malintzin, la señora Malina.

Después del Bautismo esperé muchos días, semanas, lunas inclusive, como sólo nos otras las mujeres sabemos esperar, aprovechando el tiempo para familiarizarme con las costumbres y el lenguaje de los castitecos y con los objetos que llevaban con ellos. Los que más me gustaron eran estos: la vela, un fuego portátil y domesticado, que la función de alumbrar la noche y de determinar jerarquías. Entre más velos acompañan a un personaje, más importancia se le daba. También me gustaron aquellas placas color de plata que reflejan cuanto se les pone enfrente. Les dicen espejos y se parecen un poco a las obsidias pulidas.



Para comer trajeron unos animales de escaso pelaje que llaman puercos. Despiden un olor parecido al de ellos mismos. Los caballos son unos seres majestuosos y sigo considerando la posibilidad de que son, en realidad, nakuoles, porque en la batalla actúan como si conocieran las estrategias militares previamente acordadas por los capitanes. No obstante, sólo se portan obedientes y dóciles cuando tienen a un jinete encima. Los caballos tienen nombres y los españoles no se los comen.

A diferencia de las gallinas, que son una especie de *Suerolotti* pequeño. Su carne se asemeja al sabor de una iguana asada. Su tonalli es dulce y cariñoso y me quedé con dos de ellas que me siguen a todas partes. Nacieron de un solo huevo y les puse Guadalupe y Tonantzin en honor a las madres divinas.



También hice amistad con algunos del grupo. Sobre todo con Melchorezo, oriundo de Punto de Cotoche que fue capturado por ellos algún tiempo atrás. Trataron de enseñarle a hablar el castiteca, pero el pobre es carpintero y entendía muy poco de lo que ellos trataban de decirle.



Didiótemía que algunos notara sus deficiencias
 y no veía la hora de fugarse antes de que lo ma-
 taran. Melchorejo me enseñó mis primeras palabras
 en castellano. Había otros traductores, llamado Jeróni-
 mo de Aguilar. Era un náhuatlgo cortilteca que ha-
 bía sido prisionero de los Mayas de la costa du-
 rante muchos años y de ahí sus tatuajes tan
 bellos como misteriosos. Jerónimo sabía mu-
 cho de la religión cristiana y me hablaba
 de ella mientras avanzábamos hacia lo que luego
 sería la Villa Rica de la Vera Cruz, pasando por
 Jempoolá, Xolopa, Xicochimilco, Ahhuacan,
 Aztacmaxtitlan, Tzompantzingo y Tepetitlan.
 En el transcurso del viaje nos encontrábamos
 cada vez con más emisarios mexicanos que Mo-

tecuzoma enviaba para evitar que prosiguié-
 ramos a Tenochtitlan. Con ellos, que hablaban
 náhuatl, Jerónimo no podía comuni-
 carse. El solamente dominaba el maya. Así
 que llegó mi hora. Me convertí en la princi-
 pal traductora o foráute o, como me lla-
 maba Hernando: su lengua. Lengua, decía él,
 para convertirme en parte de su cuerpo, para sen-
 tir que me parecía y dominaba, para dar a en-
 tender que él mandaba y yo obedecía. En
 realidad fue al revés. El no entendía la magia
 que se desprende de la lengua y del agua de la saliva
 ni su poder de crear realidades y mundos enteros,
 como el que yo hice aparecer poco a poco.

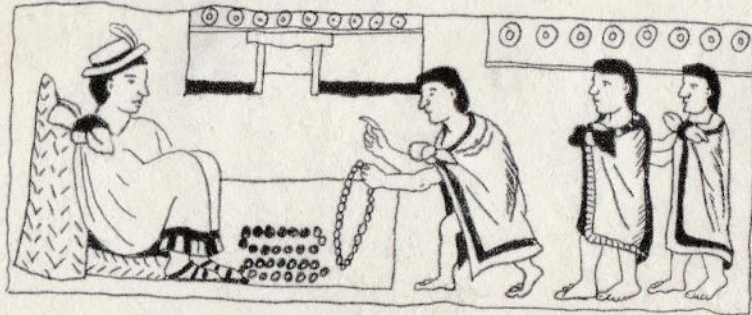


Hasta la fecha los Españoles siguen creyendo los responsables de la caída de los Mexicanos manifestando esto en sus escritos, cartas y libros. Nunca entendieron que fueron una ficha de ajedrez en un juego mucho más grande. Creen haber logrado la conquista de los Mexicanos gracias a su Dios, a la alta tecnología de sus armas y la inteligencia del Capitán, quien, según creen, había sabido valerse de mí, para ganarse a los Tlaxcaltecos, los Otomíes, los Cempoaltecos y otros más como aliados. A su Dios lo recompensaron bautizando a quien se dejara,



pero cómo se iba a negar alguien en su sano juicio a añadir a otro teotl a los que ya tiene, si sabemos que entre más apoyo divino, mejor. En cuanto a mí, Hernando tuvo que aceptar que la gente nos llamara a ambos Malintzin como si fuéramos una sola entidad. Ellos bien sabían que lo que mandaba, era yo. Era yo lo tlatoani porque era yo la que tenía la palabra, mientras él fue, con sus armas, sólo el brazo ejecutor, si bien yo también participaba en los batallas. Fueron muchas y fueron atroces. Finalmente cayó Tenochtitlán.

Me instalé en una casa de piedra, construida con el tesontle de los templos destruidos, al sur de la gran ciudad. Allí tuve a mi hijo, Martín, a quien concebí aún tomando el axoxoquilitl. Mi nueva condición de madre no me impedía seguir cumpliendo con mis funciones y aunque cada vez se me solicitaba menos como faraute y traductora tuve a mi cargo sobre todo la recepción y la administración de los tributos, que a mi pesar se seguían exigiendo y pagando, aún después de vencidos los Mexicas, muertos sus gobernantes, castigada su nobleza y sustituidos sus funcionarios.



Pero mi poder era frágil por lo que decidí contraer nupcias no con Hernando -cuya primera esposa Catalina amañeció muerta después de una disputa marital - sino con el capitán Juan Jaramillo en aquel malaventurado viaje a las Hibueras, al que tanto me había recusado ir. Tuvímos una hija, María, mi Reina.

Para ti escribí este amoxtli. Para que sepas y divulgues la verdadera historia sobre quien fui yo. Yo, la autora intelectual de la conquista de Tenochtitlan y la responsable de su ejecución... Yo, la que quería más justicia y finalmente fracasé porque no la logré, porque las cosas se me salieron de las manos. Por haberme cansado de luchar, por mi condición de mujer, por haberme convertido en madre, o simplemente por haberme ido a destiempo.

